

## EDITORIAL

# El Nobel Colombiano

*"Lo que más me gusta del nobel es que se lo hayan dado a un colombiano"*

GABO

El otorgamiento del Premio Nobel de Literatura a Gabriel García Márquez en este 1982 que declina, levantó un clamor de alegría nacional tan unánime como hacía muchos años no se escuchaba en Colombia. En la mañana del 21 de octubre la noticia se divulgó a través de un alud de comunicaciones telegráficas y telefónicas urgentes que pedían confirmación pronta y fidedigna del suceso jubiloso. La radio fue la encargada de proporcionar esa ratificación. Desde el momento en que se abrieron las emisiones noticiosas el anuncio fue promulgado con un entusiasmo desbordado, explicativamente incoherente en algunos de esos momentos iniciales. Desde ese instante, el aire de nuestra patria vibró sin pausa con el nombre millones de veces repetido y aclamado de nuestro compatriota y con el de cada una de sus obras. La prensa, las revistas, la televisión prolongaron la fiesta durante varios días. Ha pasado casi un mes y el eco de esa celebración no se extingue. Y sus repercusiones alcanzan mucho más allá de las fronteras nacionales, hasta los ámbitos más insospechados, hasta los más lejanos países y los idiomas más exóticos. Por momentos fue como una de esas ferias fabricadas por el propio novelista en sus narraciones, exuberante, hiperbólica, universal.

La trascendencia que ha tenido la entrega del ambicionado galardón a un colombiano de origen sencillo, "el hijo del telegrafista de Aracataca", se explica ante todo, como es natural, por su obra literaria, por los valores intrínsecos de ésta, por su significación

artística y estética. Pero seguramente otros aspectos han contribuído a magnificar una noticia que se transmite cada año sin que sea frecuente tanto despliegue. Por el contrario, en repetidas oportunidades, especialmente en años recientes, la entrega del Nobel de Literatura fue recibida con entusiasmo apenas en un estrecho círculo de especialistas, destinatarios únicos del mensaje poético de algún meritorio pero desconocido autor nacional. En el caso de García Márquez, una personalidad multifacética y vigorosa en cada una de sus facetas, conocida y reconocida no sólo en los medios literarios e intelectuales sino en muchos otros, los más diversos, justifica los alcances extraordinarios de la noticia. En este hombre informal y descomplicado, imaginativo y tropical, hijo arquetípico del generoso caribe colombiano, se han señalado las virtudes del buen amigo, de la lealtad permanente, del hijo magnánimo de una frondosa familia, de la simpatía abierta y del ingenio picaresco y otras más. Todos estos rasgos configuran una fisonomía poliédrica en la cual, sin embargo, identificamos tres rostros predominantes: el del escritor, el del periodista y el del hombre público.

Hablar del escritor resulta cada vez más difícil, más superfluo, y al mismo tiempo, sorprendentemente, inagotable. La obra literaria de Gabriel García Márquez conforma ya un caudal bien ancho y poderoso. Desde el manantial de sus primeros cuentos, los que han salido a la luz desenterrados por su fama, se aprecian ciertas cualidades permanentes. Ante todo, una diafanidad en las transparentes aguas de esa prosa que no se ha enturbiado con el recorrido por variados cauces, antes bien, cada vez se hace más diamantina y rumorosa, a pesar de ser, paradójicamente y al mismo tiempo, un torrente que día a día arrastra más contenidos vitales, más sales y sedimentos vivificantes, más minerales poéticos, más sustancias fabulosas. Maestro innegable en el manejo del idioma, su dominio se hace sentir desde esas primeras producciones de juventud: con el oficio y la madurez, esa prosa no ha hecho más que enriquecerse en cada nueva obra.

Prosa magnífica, prosa grande, y a la vez, prosa poética. Elemento inseparable del estilo de García Márquez, analizado y divulgado por críticos minuciosos, ese ingrediente poético se expresa con fuerza propia ya en *La hojarasca*, en giros e imágenes absolutamente personales, inconfundibles: "Todo parece destruido desde cuando no volvimos a cultivar el romero y el nardo; desde cuando una mano invisible cuarteó la loza de Navidad en el armario. . . Lo

único que permanece invariable es la canción de las mellizas de San Jerónimo y esa misteriosa pordiosera que no parece envejecer y que desde hace veinte años viene todos los martes a la casa por una ramita de toronjil. Sólo el pito de un tren amarillo y polvoriento que no se lleva a nadie interrumpe el silencio cuatro veces al día. . . ". Fibra de poesía, hilo poético que zigzaguea juvenil y aún descontrolado en esas primeras narraciones, que se ensancha y alcanza su elación más ancha y profunda en *El coronel no tiene quién le escriba* y en *Cien años de soledad*, que se desboca como catarata impostergable en *El otoño del patriarca* y se domeña finalmente en los meandros y remansos de la *Crónica* y de los últimos cuentos, en los que fluye como corriente submarina ya establecida, definido su rumbo oceánico, saltando a veces en flores de espuma que salpican las orillas de la playa o bordan el contorno de sus arrecifes de coral: "Explorando con mi padre los fondos dormidos alrededor de la isla habíamos descubierto una ristra de torpedos amarillos encallados desde la última guerra, habíamos rescatado una ánfora griega de casi un metro de altura con guirnaldas petrificadas, en cuyo fondo yacían los rescoldos de un vino inmemorial y venenoso, nos habíamos bañado en un remanso humeante cuyas aguas eran tan densas que casi se podía caminar sobre ellas. Pero la revelación más deslumbrante para nosotros había sido Fulvia Flaminia. Parecía un obispo feliz, y siempre andaba con una ronda de gatos soñolientos. . . " (*El verano feliz de la señora Forbes*).

La vocación demiúrgica también es característica que se identifica desde el comienzo. Y no sólo por la creación cósmica de ese mítico Macondo que ya hoy es sinónimo de Colombia en apartados rincones del planeta, sino por la consistencia de una atmósfera exacta, en la que penetra el lector de cualquiera de los cuentos de *Los Funerales de la Mamá Grande*, y que seguirá respirando con sus aromas sólidos en todos los relatos posteriores, hasta el final, hasta siempre, hasta que siente que se mueve dentro de ese universo autónomo con tal propiedad y naturalidad que la sensación de extrañeza e incomodidad se produce al regresar a este otro mundo de la cotidianidad y la rutina, a esta realidad que la soberana fabulación de Macondo nos hace sentir como falsa, como copia desfigurada.

Señor de la prosa española, poeta caudaloso, creador formidable, son las condiciones que tal vez resumen bien al escritor de quien resulta interminable el análisis y la exploración.

Intimamente fundida con la faceta del escritor, la principal, está la del periodista. Gran periodista, inmodificable hombre de prensa desde que llegó en su juventud a este oficio de testigo activo de su tiempo. También en esta actividad evidencia su perfecto conocimiento de la lengua española y su capacidad para manejarla, adecuándola ahora a los objetivos de la información de masas, ciertamente diferentes de los de la creación artística. Fluidez, claridad, precisión, amenidad, todo esto dentro de un marco de impecable manejo gramatical y sintáctico, son algunas de las cualidades de un estilo que bien merecería servir como modelo en las modernas facultades de periodismo y comunicación.

Pero a esas cualidades formales, García Márquez agrega otras de más peso. Hombre culto, en el sentido auténtico: compenetrado con las realidades determinantes del mundo en que vive, informado de cuanto es necesario informarse si se quiere, a la vez, informar, no manipular, no desorientar o, mejor dicho, no orientar en el sentido que le señalen al comunicador social los intereses de los amos del poder económico, social o político. Periodista íntegro, responsable de su labor, empeñado en una actualización permanente y completa, no simplemente la de estar en la onda que halague fácilmente la mediocridad masiva ni el oído de los poderosos, sino investigación, conocimiento, documentación, análisis de la realidad tal como es, en todas sus versiones, de los hechos tal como suceden y no de acuerdo a como convenga presentarlos por A, B, ó C motivos. Gran ejemplo de periodismo, hoy que la noble profesión anda tan desmirriada en nuestro hemisferio por el abuso del poder de la información y la tergiversación desvergonzada de la verdad.

Modelo también de periodista valeroso, valiente. Desde su famoso cubrimiento de las aventuras del náufrago Luis Alejandro Velasco *que estuvo diez días a la deriva en una balsa sin comer ni beber, que fue proclamado héroe de la patria, besado por las reinas de la belleza. . .* hasta sus enhiestas denuncias de hoy, García Márquez le propone a las nuevas generaciones de reporteros paradigmas muy distantes de la docilidad para reproducir comunicados oficiales o el facilismo de convertirse, con una grabadora y un micrófono colgados del hombro, en simples altavoces de los funcionarios del establecimiento. No: reportero de la vida, inquisidor de la realidad, auscultador del mundo para detectar la verdad profunda de los hechos, lo que no se ve a simple vista, lo que se oculta detrás de las versiones aprobadas por altos mandos, civiles, eclesiásticos, militares o de cualquier otra índole.

Periodista alerta a su mundo, a esta aldea global que descubrió McLuhan, nada de lo que sucede en cualquier meridiano le es ajeno. Por donde venimos a encontrarnos con la tercera cara de esa rica fisonomía humana: la del hombre público. Ante todo, el patriota que palpita minuto a minuto con su patria. Pero que es también el ciudadano universal. El individuo estrechamente involucrado en la suerte del género al que pertenece. La persona comprometida con los grandes movimientos de la sociedad en que le ha tocado vivir. Personalidad pública que vive y actúa como militante de las más grandes causas de la humanidad de nuestro tiempo, así no tenga ni acepte carnet ni afiliación alguna. O sea, alguien que lejos de adoptar la comodidad que podría depararle su prestigio y encerrarse en una distancia contemplativa y regalona, prefiere seguir hundiéndose a diario en el barro del quehacer humano, en sus afa-nes y sus luchas, sin escatimar esfuerzos ni esquivar riesgos ni adversidades. Comprometido con el hombre allí donde el hombre necesite de la solidaridad, de la protesta contra el abuso, de la denuncia de la arbitrariedad. Comprometido pero independiente, rabiamente independiente, hasta el punto de que, si muchos podemos declararnos identificados con sus posiciones filosóficas e ideológicas, no hay nadie en cambio, y con toda seguridad, que pueda decir que ha estado siempre y en todo de acuerdo con sus pronunciamientos o con sus acciones de hombre público. Compromiso e independencia que pueden llevarlo en ocasiones a tropiezos más o menos sonoros, pero en los que es inevitable ver como raíz única el deseo de ofrecer siempre su aporte a los nobles objetivos que la humanidad quiere alcanzar hoy.

Sin duda esta multiplicidad de razones son las que pueden explicar que la repercusión del Premio Nobel de Literatura haya traspasado en esta ocasión los límites del ámbito estrictamente literario y artístico y haya resonado en más dilatadas regiones y territorios.

Para nosotros los colombianos, el hecho tiene una significación adicional, muy importante y oportuna. Es la rehabilitación de una cenicienta que en otros tiempos fuera reina venerada en nuestra patria: la cultura. Porque coincide la entrega de este Premio Nobel a nuestro compatriota, con un momento de deshielo en nuestra vida nacional, cuando comenzamos a salir de una larga noche en la que la cultura fue bastante zarandeada y desairada, en la que se la llegó a enjuiciar como mero vehículo de subversión y a señalar como tenebroso recinto de maquinaciones conspirativas. Juicio y señala-

miento de los que fue víctima directa quien hoy, por fortuna, es proclamado por autoridades universales, no por un jurado criollo ni por árbitros de provincia, gloria mundial de las letras. Con lo que este Premio Nobel lo gana no sólo el escritor aracataqueño, sino la cultura nacional, esa es de la que dijimos en palabras transcritas en el número anterior de nuestra revista, que es una de las tradiciones patrias más auténticas y una de las necesidades básicas del pueblo colombiano.

Hay, pues, abundancia, sobreabundancia de motivos para unirnos con nuestra voz y nuestras palabras más cálidas al homenaje que el mundo le ha rendido al fundador de Macondo.

## ALFONSO MONSALVE